

y estimacion, con que es de V. muy atento seguro servidor Q. B. S. M.—*Juan José Olzinger.*

NUM. 2.

Exmo. Sr.—No habiendo podido dar cuenta al supremo gobierno de los movimientos ejecutados por el ejército mexicano que se hallaba á mis órdenes en Tejas, despues de mi salida de la ciudad de S. Antonio de Béjar para S. Felipe de Austin, á causa de las rápidas marchas que se emprendieron, y del suceso desgraciado de S. Jacinto: lo verifico ahora, remitiendo con el Sr. coronel D. Juan Nepomuceno Almonte el parte circunstanciado de todo lo ocurrido desde aquella fecha, segun anuncié á V. E. en mi nota del 20 del próximo pasado.—Repito á V. E. mi consideracion y aprecio.—Dios y libertad. Manga de Clavo, marzo 11 de 1837.—*Antonio Lopez de Santa-Anna.*—Exmo. Sr. ministro de guerra y marina.

Exmo. Sr. Considerando la villa de S. Felipe de Austin punto á propósito para la buena direccion de las operaciones subsecuentes del ejército de mi mando, determiné situar en ella el cuartel general, y anuncié á V. E. mi salida de Béjar para el 31 de marzo (documento núm. 1).

Antes previene al Sr. general D. Joaquin Ramirez y Sesma marchase con la division á sus órdenes, á ocupar la insinuada villa (núm. 2), operando en combinacion con los Sres. generales D. José Urrea y D. Antonio Gao-

na contra los enemigos, molestándolos sin cesar, é impidiendo su reunion en masas considerables, para lo cual haria expedicionar la seccion que mandaba el Sr. general D. Eugenio Tolsa, y decia habersele reunido sobre Bolivar West Bay, Chocolate, Halls Buyon, Harrisbourg, Linchbur, hasta los rios ó arroyos de S. Jacinto Gross y Cedar, en el concepto que al S. Urrea se le habia prevenido marchase por Victoria, la Baca, Carancarray, Matagorda, Bast, Madama Neils, Brazoria, Columbia y Orizambo hasta el rio Brazos al norte de S. Bernardo River; y al Sr. Gaona que llegando á Nacogdoches, expedicionara por Angelina Natches, Lite Habama y Zavallas, interin desembarcaban en Galveston las tropas que debian obrar sobre Eastbay, Double, Bayon Anáhuac y Liberty (núm. 3).

Respecto del general Gaona, la necesidad de auxiliar al general Ramirez y Sesma sobre el rio Colorado, me hizo variar su direccion hácia S. Felipe de Austin, y para hacer el desembarque en Galveston habia dictado mis providencias á fin de que la goleta de guerra General Bravo, y los buques mercantes que debian conducir víveres de Matamoros al Cópago, sirvieran al efecto.

Imposibilitada de expedicionar la brigada de caballería por haber muerto unos caballos con el rigor del frio y encontrarse otros inútiles sin posibilidad de reponerlos, eceptuándose los de algunas partidas destinadas á la conduccion de ganados y víveres, dispuse que el general que la mandaba, D. Juan Andrade, quedara con ella en la plaza de Béjar. Quedaron tambien varios piquetes de infantería con los depósitos de sus cuerpos, los

hospitales, la artillería y parqué sobrantes: la comisaría &c.

En marcha hácia sus destinos las divisiones de los generales D. José Urrea compuesta de mas de 1300 hombres, la de D. Joaquin Ramirez y Sesma de 1400, y la de D. Antonio Gaona de 700, cada una capaz de batir él resto de las fuerzas enemigas, verifiqué la mia de Béjar al señalado con mi estado mayor, y una escolta de 30 dragones. Los estados de fuerza de estas divisiones no los incluyo, por el extravío que ha padecido parte de mi equipage en que se hallaban estos y otros documentos.

Al tercer dia alcancé en el rio Guadalupe, frente á la villa incendiada de Gonzalez, á los batallones de zapadores y activo de Guadalajara, que á las órdenes del Sr. coronel D. Agustin Amat caminaban á reforzar la division del Sr. general Ramirez y Sesma.

Dos jornadas á retaguardia seguia el teniente coronel D. Pedro Ampudia con la artillería, herramienta de zapa, sacos á tierra, municiones y víveres para la misma division.

Como el rio Guadalupe estaba crecido, no era posible que los cuerpos y el tren referidos, pasaran con la brevedad necesaria, siendo indispensable una demora de tres ó cuatro dias. El parte (núm. 4) que me habia dirigido el general Ramirez y Sesma desde el rio Colorado al frente del enemigo, y que me decidió á mandar dichos auxilios como le dije en contestacion (núm. 5), me tenia cuidadoso: dispuse por esto que el Exmo. Sr. general de division D. Vicente Filisola, que crei mejor me acompañase como mi segundo, por dejar en Béjar al general D.

Juan Andrade quedase espeditando el paso, y que á su inmediato mando continuase todo con la violencia posible. Yo activé mi camino, y el dia 5 llegué al paso del Atascosito en dicho rio. Encontré del otro lado la division del general Ramirez y Sesma, quien me informó que habiéndose retirado el enemigo para el rio de los Brazos, se le habia proporcionado pasar sin oposicion; y observando que solo habia una canoa, encomendé al batallon permanente de Aldama, bajo la direccion del general D. Adrian Woll, la construccion de balzas para facilitar la marcha de la seccion que habia quedado con el general Filisola.

Considerando en marcha para S. Felipe de Austin al general Gaona; segun su contestacion desde Bastrop, poblacion situada en la orilla oriental del rio Colorado, distante treinta leguas al Oeste de S. Felipe de Austin, y al general Urrea para la villa de Brasoria que se encuentra al márgen occidental del rio Brazos, y á veinte y cinco leguas al Sur del mismo S. Felipe, continué el dia 6 con la division del general Sesma al arroyo de S. Bernardo, y el 7 á la madrugada llegué á S. Felipe de Austin. Esta poblacion, situada sobre la orilla occidental del rio Brazos, no existia ya porque el enemigo la habia incendiado y habia hecho internar á sus moradores como lo hizo en Gonzalez. Entre aquellas ruinas se aprehendió á un anglo-americano armado, y declaró. *que pertenecia á un destacamento como de 150 hombres, situado al otro lado para defender el paso: que las poblaciones se quemaban para quitar los recursos á los mexicanos, por mandado de su general Samuel Houston, quien se encontraba en un bosque del paso del Gross, quince leguas dis-*

tante de nuestra izquierda, con solo 800 hombres que le habian quedado; y que tenia intencion de retirarse al rio Trinidad, si los mexicanos atravesaban el rio Brazos.

Avistadas nuestras fuerzas por el destacamento anunciado, rompió el fuego desde un reducto que lo cubria: hice levantar á su frente una trinchera, y colocando dos piezas de á seis, fué correspondido constantemente, sin desgracia alguna por nuestra parte. Reconocí en seguida la orilla del rio á derecha é izquierda hasta dos leguas, buscando paso para sorprenderlo en la noche, mas fué toda diligencia infrutuosa: su anchura y profundidad es grande, estaba crecido, y ni una pequeña canoa se encontraba. Los barios rios que atraviesan aquel pais presentan grandes obstáculos á un ejército expedicionario: son caudalosos, y tienen frecuentes avenidas en la primavera, ocasionadas por las nieves derretidas de las montañas, y repentinos aguaceros, que causan así mismo considerable atrazo en los movimtentos.

El dia 8 dispuse la construccion de dos chalanes (barcas chatas), para lo cual se hizo preciso traer maderas de las habitaciones distantes. Ya en obra, calculáronse diez ó doce dias para su conclusion por la escasez de carpinteros, y tres ó mas para colocarse donde debian servir: me pareció la pérdida de este tiempo un mal irreparable, siendo tan importante, atendidas las circunstancias del ejército y de la república, la terminacion de la campaña ántes de aguas, como pronto podré explicar á la nacion.

El general Filisola no llegaba al rio Colorado, y el general Gaona debiendo habérsenos incorporado, ni anun-

ciaba cuándo lo verificaria. La situacion del gefe enemigo, no me era ya desconocida. Intimidado por los triunfos sucesivos de nuestro ejército, despavorido á la vista de rápidos movimientos sobre un terreno que naturalmente opone obstáculos casi invencibles á ellos, y sufriendo deserccion y escasez (núm. 6), que le impelian á buscar la salvacion de la retirada que emprendia, nada mas conveniente que perseguirlo y batirlo, ántes de que pudiera reponerse.

El rio Brazos no lo podiamos atravesar por S. Felipe, y en vista de tales antecedentes, resolví hacer un reconocimiento hasta diez ó doce leguas por la rivera de la derecha, cuyo flanco juzgaba cubierto con la division del general Urrea, que como he indicado se dirigia sobre Brasoria, y al efecto marché de S. Felipe el dia 9 con 500 granaderos y cazadores y 50 caballos, dejando al general Ramirez y Sesma con el resto de su division, que reforzaria de un momento á otro la del general Gaona. A los tres dias de penosas marchas y contramarchas, en uno de los que hice á pié una jornada de cinco leguas, me posesioné del paso de Thompson á pesar de los esfuerzos de un corto destacamento enemigo que lo defendia, y el que solo consiguió herir á un granadero y á un corneta. Logré tambien hacerme con este extraordinario movimiento, imprevisto por el enemigo, de un hermoso chalan y dos canoas. En esta jornada se condujeron los gefes, oficiales y tropa, con entusiasmo y bizarría. La fortuna aun era propicia. El general Ramirez y Sesma, á virtud de mis órdenes, se me incorporó el 13. El general Gaona no parecia.

Por algunos colonos presentados, uno de ellos mexicano, me cercioré de que en la villa de Harrisburg á doce leguas distante, situada en la orilla derecha del balluco Buffalo, residia el nombrado gobierno de Tejas, D. Lorenzo Zavala y los demas directores de la revolucion, y que segura era su aprehension si rápidamente marchaba alguna tropa sobre ella. La noticia era importante, y mas el movimiento indicado, cuyo buen éxito desconsentaria completamente la revolucion; y sin confiarla á nadie procuré á provecharme de ella: hice trasladar al otro lado del rio á los granaderos y cazadores con que habia tomado aquel paso, al batallon permanente de Matamoros, á los dragones de mi escolta, una pieza de á seis bien dotada, y cincuenta cajones de cartuchos de fusil, y emprendí marcha con esta fuerza para Harrisburg el 14 en la tarde. Dejé en Thompson al general Ramirez y Sesma con la demas tropa de su division, y unas instrucciones en pliego cerrado para el general Filisola.

Entré en Harrisburg el 15 en la noche alumbrado por varias casas que se quemaban, y solo se encontraron trabajando en una imprenta, un frances y dos norte-americanos: Declararon: *que el titulado presidente, vice, y otros individuos de suposicion se habian marchado al medio dia en un barco de vapor para la isla de Galveston, á donde se dirigian las familias de aquellas habitaciones: que el incendio que se notaba era casual, no habiendo podido ellos apagarlo: que abandonaban sus casas las familias por mandato del general Houston, y que este se encontraba en el paso de Gross con 800 hombres y dos piezas del calibre de á cuatro.*

Frustrada la aprehension de los corifeos de la rebellion, sabiendo el paradero del enemigo y su fuerza, para mejor combinar mis movientos ulteriores, dispuse que el coronel D. Juan N. Almonte con los 50 dragones de mi escolta hiciese una descubierta hasta el paso de Linchburg y New Washington. Desde este punto me participó dicho coronel, entre otras cosas, *que varios colonos encontrados en sus casas aseguraban uniformemente, que el general Houston se retiraba para el rio Trinidad por el paso de Linchburg.*

Evitar el paso á Houston, y destruir de un golpe la fuerza armada y las esperanzas de los revolucionarios, era cosa bien importante para dejar escapar la ocasion. Concebí tomar el paso de Linchburg, ántes de su llegada, y valerme de las ventajas del terreno. Mi disposicion primera se contrajo á reforzar la seccion que me acompañaba, compuesta de un cañon, 700 infantes y 50 caballos, hasta ponerla superior en número á la enemiga, ya que lo era en disciplina, y ordené al general Filisola que suspendiese el movimiento del general Cos para el puerto de Velasco, que en mis instrucciones le tenia prevenido, y á su mando hiciera salir prontamente 500 infantes escogidos para reunirse á la mayor brevedad. Esta orden fué conducida con velocidad por mi ayudante de campo teniente coronel graduado D. José Maria Castillo é Iberri.

Comprometido el coronel Almonte en el puerto de New. Washington, á orillas de la Bahía de Galveston, con los buques enemigos que podian arribar, á la vez que era necesario asegurar la cantidad de víveres que habia lo-

grado aprehender, hice jornada para aquel punto la tarde del dia 18. A mi llegada se hallaba á la vista una goleta que por falta de viento no podria alejarse: intenté apresarla para servirme de ella á su tiempo sobre la isla de Galveston; pero cuando se alistaban los botes y chalanes de que se habia provisto tambien el coronel Almonte, llegó un buque de vapor y le dió fuego.

En la madrugada del 19 mandé al capitan D. Marcos Barragan con algunos dragones al paso de Linchburg, distante de New Washington tres leguas, para que observara y me comunicara con oportunidad la llegada de Houston, y el 20 á las ocho de la mañana *se me presentó* participándome *que Houston llegaba á Linchburg*. Todos los individuos de la seccion oyeron alegres la aproximacion del enemigo, y con el mejor espíritu continuaron la marcha que ya se habia emprendido para el mismo punto.

A mi llegada se encontraba Houston posesionado de un bosque en las orillas del baqueo de Búffalo, cuyas aguas se incorporan allí con el rio de S. Jacinto y componen parte de las de Galveston. Su situacion lo precisaba á batirse ó tirarse al agua. Mi tropa manifestaba entónces tanto entusiasmo, que comencé á batirle. Aunque correspondia á nuestros fuegos, no conseguí que abandonase el bosque. Quise atraerlo al terreno que mas me convenia, y me retiré hasta mil varas sobre una loma que proporcionaba ventajosa posicion, agua á la retaguardia, bosque espeso por la derecha hasta la orilla de S. Jacinto, llanura espaciosa por la izquierda, y despejado el frente. Al ejecutar este movimiento menudeó sus fue-

gos de cañon, que hirieron al capitan D. Fernando Urriaza. Salieron del bosque como 100 caballos, arrojándose atrevidamente sobre mi escolta, colocada á mi izquierda, en términos que la arroyaron por un momento, é hirieron de gravedad á un dragon: mandé dos compañías de cazadores á su encuentro, y fueron suficientes para ponerlos en fuga hasta su bosque. Habia salido tambien alguna infantería, pero volvió á emboscarse al ver á su caballería retroceder. Serian las cinco de la tarde, y necesitando la tropa alimento y descanso, empleó el resto del dia en tan indispensables objetos. La noche se pasó con vigilancia, y me ocupé de la mejor colocacion de las fuerzas, y de un parapeto que hiciera ventajosa la posicion del cañon y lo cubriera. Mi posicion era esta: tres compañías de preferencia guardaban el bosque de la derecha, el batallon permanente de Matamoros formaba en hatalla en el centro, y á la izquierda el cañon, protegido por la caballería y una columna de compañías de preferencia, á las órdenes del teniente coronel graduado D. Santiago Luelmo, que hacia de reserva.

A las 9 de la mañana del 21, á la vista del enemigo llegó el general Cós con 400 hombres de los batallones Aldama, Guerrero, Toluca y Guadalajara, habiendo dejado los 100 restantes á las órdenes del coronel graduado D. Mariano Garcia, con las cargas en un mal paso demoradas cerca de Harrisburg, cuya incorporacion no llegó á efectuarse. A primera vista noté contravenida mi orden respecto de los 500 *infantes escogidos* que ella expresaba terminantemente, pues la mayor parte del re-fuerzo se componia de reclutas, que en S. Luis potosí y

el Saltillo se repartieron á los cuerpos, Tan grave falta me causó en aquel momento el mayor disgusto, considerando insignificante un auxilio que esperaba impaciente, y con que me prometía dar un golpe decisivo, atendidas las circunstancias que me hacían superior al enemigo.

Sin embargo de todo, intenté aprovechar la sensación favorable que advertí en los semblantes á la llegada del general Cos; pero este me espuso, que *por forzar su marcha para llegar prontamente, la tropa que traía no había comido ni dormido en veinte y cuatro horas, y que mientras llegaban las cargas, que sería dentro de dos ó tres horas, podía repararse y estar en buena disposición para batirse.* Cedió á esta insinuación consintiendo que descansara y comiera.

Para observar al enemigo, y proteger las cargas citadas, situé mi escolta en buen lugar, reforzándola con 32 infantes montados en caballos de oficiales. No hacía una hora de esta operación cuando el general Cos se me presentó pidiéndome á nombre del capitán D. Miguel Aguirre que mandaba la escolta, *que se le permitiera comer á su tropa y dar agua y un pienzo á los caballos, por no haberlo hecho desde el día anterior.* El tono compasivo con que se me hacían estas peticiones me hizo acceder, advirtiéndome que satisfecha prontamente la necesidad volviera al instante el capitán Aguirre á ocupar la posición que tenía, lo que no habiendo verificado, contribuyó á proporcionar al enemigo la sorpresa que logró.

Fatigado de haber pasado la mañana á caballo, y desvelado de la noche anterior, me recosté á la sombra de unos árboles, mientras la tropa alistaba sus ranchos.

Hice llamar al general D. Manuel Fernández Castrillon, que funcionaba de mayor general, y le previne: que vigilara el campo y me diese parte del menor movimiento del enemigo: le encargué así mismo me recordara, tan luego como la tropa hubiese comido, porque era preciso obrar cuanto ántes decisivamente.

Como el cansancio y las vigiliás producen sueño, yo dormía profundamente, cuando me despertó el fuego y el alboroto. Advertí luego que éramos atacados, y un inesplicable desorden. El enemigo había sorprendido nuestros puestos avanzados: una partida, arrojando á las tres compañías de preferencia que guardaban el bosque de nuestra derecha, se había apoderado de él, aumentando la confusión con sus certeros tiros: la demás infantería enemiga atacaba por el frente con sus dos piezas y la caballería por la izquierda.

Aunque el mal estaba hecho, creí al pronto repararlo. Hice reforzar con el batallón permanente de Aldama, la línea de batalla que formaba el batallón permanente de Matamoros, y organicé en instantes una columna de ataque á las órdenes del coronel D. Manuel Céspedes, compuesta del batallón permanente de Guerrero y piquetes de Toluca y Guadalajara, la que á la vez que la del teniente coronel Luelmo, marchó de frente á contener al principal movimiento del enemigo; mas en vano mis esfuerzos: la línea se abandonó por los dos batallones que la cubrían, no obstante el sostenido fuego de nuestra pieza que mandaba el valiente teniente D. Ignacio Arenal, y las dos columnas se disolvieron, herido el coronel Céspedes, y muerto el capitán Luelmo. El general Castril-

llon, que corria de uno á otro lado para restablecer el órden en nuestras filas, cayó mortalmente herido. Los reclutas formaban pelotones y envolvian á los antiguos soldados, y ni unos ni otros hacian uso de sus armas: mientras el enemigo aprovechando la oportunidad, continuó su carga rápidamente con desconpasados gritos, y logró en pocos minutos la victoria que ni imaginar podia.

Perdida toda esperanza, escapándose cada uno segun podia, mi desesperacion era tan grande como mi peligro, cuando un criado de mi ayudante de campo, coronel D. Juan Bringas, con noble franqueza me presentó el caballo de su amo, y con encarecidas espresiones me instaba á que me salvara. Busqué mi escolta, y dos dragones de ella que ensillaban con precipitacion, me dijeron: *que sus oficiales y compañeros iban á escape*. Recordé que el general Filisola se encontraba á diez y seis leguas en el paso de Thompson, y sin vacilar procuré aquel camino por entre los enemigos: siguiéronme estos, y á legua y media, en un grande arroyo cuyo puente encontré quemado, me alcanzaron. Perdí el caballo, y con trabajo me oculté entre unos pequeños pinos. La proximidad de la noche me proporcionó burlar su vigilancia, y la esperanza de incorporarme al ejército, y vindicar el honor de las armas, me dió aliento para atravesar el arroyo con el agua al pecho y continuar á pié. En una casa abandonada encontré ropa y relevé la mia húmeda. A las once de la mañana del 22, al atravesar una llanura me volvieron á alcanzar mis perseguidores, y he aquí la manera misma de haber caido en sus manos. Por el traje cambiado me desconocieron, y pre-

guntaron: *¿Si habia visto al general Santa-Anna?* Yo les respondí, *que iba adelante*. Esta oportuna ocurrencia me salvó de ser asesinado, segun despues llegué á saber.

Por lo espuesto distinguiré V. E. á primera vista, las causas principales de un suceso que con razon ha sorprendido, y cuyo éxito se ha pretendido hacer recaer, sobre mí solamente, creyéndoseme en la mansion de los muertos, é imposibilitado de presentar los hechos como han sido; pero ya que oportunamente conservo la vida y disfruto de libertad, estoy en el caso de depurarlos, hasta ponerlos tan claros como la luz del dia, para que se pueda fallar en justicia, porque estimo demasiado mi reputacion adquirida con dilatados y costosos sacrificios, y no consentiré que con impunidad se deturpe, mucho mas por quien ménos debiera hacerlo. Contrayéndome, pues, á las faltas con que algunos de mis subordinados causaron directa ó indirectamente la lamentable catástrofe de que me ocupo, observaré á V. E.: que el general Filisola me mandó reclutas en refuerzo, cuando pudo enviarme antiguos soldados: á su lado se hallaba el batallon de zapadores, compuesto de buena tropa, y no mandó un individuo de estos: en lugar de las compañías de preferencia del activo de Guadalajara, envió dos de fusileros; y pudiendo entresacar de los batallones permanentes de Guerrero y Aldama, y de los activos primeros de México, Toluca y Guadalajara los mas espertos, no lo hizo. Eludió así los efectos de mi prevision, pues al espresarle que me mandase *quinientos infantes escogidos*, fué porque no queria me enviase ninguno de los reclutas que

me constaba tenían los cuerpos: á no ser así, habria usado otra frase.

Nada ha influido ménos en este suceso el haberme mandado dicho general al capitán D. Miguel Bachiller con un correo extraordinario procedente de esa capital, que el supremo gobierno me mandó, y el que fué interceptado, pues con esto proporcionó positivas noticias al enemigo que marchaba en retirada, sin saber lo que haria, atónito con nuestros movimientos y triunfos: así supo que yo me hallaba en New Washington, el número de que se componia la seccion que espedicionaba por aquel rumbo, y la situacion de nuestras otras fuerzas, saliendo con esto del estado confuso en que se veia, teniendo siempre encima y por donde ménos lo pensaba nuestras falanges victoriosas. Con este acontecimiento se puso al cabo de cuanto podia convenirle, y saliendo repentinamente de la situacion dudosa que lo hacia caminar al Trinidad, cobró aliento, como no habria sucedido sin saber que mi fuerza era menor que la suya; pues aunque vió llegar el refuerzo del general Cos, supuso que era alguna partida que habia yo mandado salir en la noche para hacerla regresar á su vista y engañarlo, como posteriormente lo supe por boca del mismo enemigo. Tal era el espanto que reinaba en todo Tejas á consecuencia de las operaciones del ejército de mi mando, que para disminuirlo, me dijo el titulado general Tomas J. Rusk: que funcionando de secretario de la guerra del presidente de Tejas, tuvo que marchar á donde se hallaban sus fuerzas, y *predecir á todos: que el general Santa-Anna habia regresado á México á consecuencia de una revolucion en el*

interior de la república, en razon á que los colonos y muchos voluntarios venidos de los Estados-Unidos se fugaban, sin poderlos contener. Es de advertir, que el general Filisola no tenia prevencion para mandarme la correspondencia, y que para hacerlo con seguridad, bien pudo remitírmela despues con el general Cos: no sé como pudo ocultársele la fatal trascendencia que traeria la caida en manos del enemigo, de una correspondencia tan interesante.

El general Gaona que no se incorporó con oportunidad, y cuyo motivo de dilacion ignoro hasta ahora, me impidió que sacara doble fuerza cuando salí del paso de Thompson, pues solo llevé 700 infantes para dejar al general Ramirez y Sesma la precisa en aquel punto. Así es que, para ponerme superior al enemigo, pedí el refuerzo indicado.

El general Cos desmembró los 500 hombres, dejando 100 cerca de Harrisburg en escolta de cargas que no sé por qué conducia, pues solo previne al general Filisola mandase 50 cajones de cartuchos, de cuyas municiones trajo parte el general Cos, así como las cajas de los cuerpos que debieron quedarse en Thompson, pues á una tropa que marchaba á la ligera de refuerzo pedido, no se le acumulan estorbos, cuando se sabe que los muchos bagages entorpecen los movimientos: el refuerzo quedó desmembrado en la quinta parte, y estos 100 hombres corrieron un riesgo eminente, salvándose por casualidad.

Por último, contribuyó considerablemente á la mencionada desgracia la conducta del general Castrillon, y

de los gefes y oficiales á quienes estaba encomendada la vigilancia del campo al frente del enemigo. Siento tener que ocuparme de un individuo que no existe, y á quien siempre ví con aprecio, y de otros que aun viven; pero el deber me obliga á relatar los hechos como han sido. Estoy bien informado, de que en el tiempo que yo dormia se ocupó dicho general de afeitarse, lavarse y mudarse ropa, y que se hallaba divertido en tertulia con los demas individuos de mi estado mayor, cuando el enemigo asechaba y sorprendia nuestras avanzadas, sin haber visitado ántesni una sola vez nuestra línea: esto mismo hicieron á su ejemplo los demas gefes y oficiales; y así parte de la tropa dormia, y los despiertos entregados al abandono, proporcionaron al enemigo la sorpresa mas completa que á la media noche no habria logrado; siéndole fácil posesionarse del bosque citado de nuestra derecha con 160 hombres, cuando estaba cubierta su entrada con tres compañías de preferencia en mayor número, que no hicieron resistencia: de aquí el aliento del enemigo para continuar el ataque, y la confusión de nuestro campo, aumentado con el espanto de que estaban poseidos los reclutas, hasta el extremo de no hacer uso de de sus armas los soldados viejos, que se dejaban asesinar friamente. Es verdad que el general Castrillon se condujo con extraordinario valor en los últimos momentos, segun he relacionado, pero sus esfuerzos fueron inútiles, y sus remordimientos no serian pocos ántes de espirar, si recordó el abandono de su deber cuando mejor debía haber cumplido.

Mi carácter de general en gefe no me prohibia que

descansase, porque á ningun general le es prohibido, ni puede prohibírsele, que sucumba á las necesidades naturales, particularmente en la hora y caso en que yo lo hice, confiado, como debia estarlo, de que se cumplirian mis prevenciones: el general en gefe no puede ejercer las funciones del gefe subalterno, del oficial, del soldado; á todas las clases les están consignados sus respectivos deberes y atribuciones; y si al superior no deben servirle de disculpa las faltas del inferior, esto tiene sus excepciones, siendo ciertamente una de ellas el caso de que me ocupo, por las razones referidas.

Acaso se ha intentado culparme de imprudencia por no haber marchado con todas mis fuerzas reunidas, haciéndolo solamente con la corta seccion que lo verifiqué. En primer lugar es menester advertir, para deshacer esa objecion: que yo salí de Thompson á ejecutar la operacion interesante de sorprender y asegurar á los directores de la revolucion por un golpe de mano á corta distancia: que tan luego como descubrí la retirada del enemigo por Linchburg, pedí refuerzo para quedar superior á él; y por último, que no traia ventaja verificase el ejército su marcha por un solo punto, ni reunido, porque el único enemigo que habia que combatir despues de haber sido arrollado en todas partes, se hallaba en el punto y situacion indicada: y como la direccion que habia traído y llevaba mostraba que se retiraba pasando el Trinidad, y era necesario para que no quedase quien pudiese tirar un tiro desde el rio Bravo hasta el Sabina no picarle la retaguardia, sino cortarle la retirada y batirlo, un movimiento de todo el ejército habria sido contrario á ese